
¿Adónde se fue la sabiduría que hemos perdido en el conocimiento adónde el conocimiento que hemos perdido en la información?

Fernando Sáez Vacas

palabras
Estoy ante mi mesa de trabajo y he encendido el ordenador, sobre cuya pantalla he empezado a escribir este texto. Hace tiempo que me percute este pasaje de un poema de T. S. Eliot. Lo descubrí en forma de cita escrita en francés en un libro de E. Morin. Puede ser que pertenezca a la obra *La Roca*, de 1934, pero aún no he tenido ocasión de comprobarlo y rescatar las ~~obras~~ originales. Me pregunto si merecerá la pena hacerlo, porque entonces tal vez se desvanezcan en mí las ideas que ellas han programado en mi discurso personal.

El eco que en mí despiertan es una especie de mal de ojo contra lo que ahora se llama la sociedad de la información. Las veo como una suerte de vara de medir los excesos en el uso de la tecnología de la información. A finales de los años sesenta, Bell y otros sociólogos y economistas acuñaron el término *sociedad de la información* o sociedad postindustrial. Drucker, reputado gurú del *management*, utilizó en un libro de 1969 el concepto de *knowledge society: sociedad del conocimiento*. A estas alturas, algunos andan dándole vueltas a si es más pertinente hablar de ingeniería del conocimiento o de ingeniería del saber, en relación con el trabajo y las técnicas de capturar, formalizar y computadorizar determinados conocimientos de expertos humanos.

Por lo general, los poetas ven mucho antes y más allá que los economistas, que los políticos y, por supuesto, que los tecnólogos. Así que cabe imaginar (hipotetizar) que Eliot, decenios antes que Drucker, Bell y que todos nosotros, percibió acaso un peligro en el que estamos obligados ahora a reflexionar: (a) que hay gran confusiónismo y mitología en torno a las cuestiones de fondo relativas a la sociedad de la información, (b) que hay una *jerarquía natural de información/conocimiento/sabiduría*, (c) que la sociedad de la información puede llegar a ahogar a la sociedad del conocimiento y hacer desaparecer la sabiduría, si es que todavía existe alguna (por razones prácticas, en lo que sigue nos olvidaremos de ella), y (d) que la sociedad de la información, acelerada por la fuerza de la tecnología, podría tender asintóticamente a convertirse en una *sociedad del ruido*.

He convertido estas ideas en un esquema y en una pequeña teoría. Hace unos días la utilizaba en un curso de una escuela de negocios para explicar estrategias en la gestión de la innovación tecnológica en las empresas. Intentaré dar aquí un breve bosquejo de ella.

Utilizaremos el concepto popular de información, no el concepto técnico o matemático, de manera que información es un texto, una imagen o una conversación telefónica. Podemos medir la cantidad de información por el número de caracteres o de bits, con independencia de su calidad, pertinencia o sentido.

Tanto en la actividad laboral como en el ocio, cada uno de nosotros está metido en varios *circuitos de información-conocimiento-acción*, cuyo comportamiento general conviene conocer un poco. Una primera cosa es que no hay conocimiento sin información y sin cierta cantidad de trabajo para procesarla: si me decido a enviar este texto a alguna persona —se trata sólo de un ejemplo—, ésta tendrá que desarrollar un esfuerzo inteligente

para leerlo, reflexionar sobre él, cotejarlo con otras informaciones, seleccionar alguna de sus partes o aspectos, modificarlo o rechazarlo, hacer hipótesis sobre su aplicabilidad, o simplemente aplicarlo o intentar aplicarlo a alguna situación o conjunto de situaciones. Con la información que compone este texto se puede construir una síntesis, elaborar un modelo explicativo, desarrollar unas pautas, tal vez iniciar o completar una teoría. A todo eso se le puede llamar conocimiento, que no es sino una información interiorizada en una manera estructurada. Tal vez en algún punto del proceso anterior, o con toda probabilidad en momentos posteriores, el conocimiento se traducirá en acciones, más o menos acertadas, congruentes o no con objetivos personales u organizativos. También ese paso requiere un esfuerzo.

Hemos definido un circuito activo de los muchos que se crean en nuestras vidas personales: *información/esfuerzo/conocimiento/esfuerzo/acción*. Frecuentemente, la acción consiste en elaborar una nueva información, por ejemplo, un libro, un informe, un anteproyecto, un vídeo, un programa de ordenador. En tal caso, se cierra el circuito, y esta operación es cada vez más frecuente en la que llamamos *sociedad de la información*.

Pero sigamos analizando cualitativamente el circuito bajo otras consideraciones. Antes hemos dicho que «no hay conocimiento sin información». Ahora tenemos que decir que *tampoco hay información sin conocimiento y sin esfuerzo*, lo que significa que una información que llega a un receptor humano desprovisto del conocimiento y del lenguaje pertinentes —las claves— se le aparece a aquél como *ruido*. En palabras más vulgares, sin conocimiento la información no tiene ningún valor. Como mínimo, esa información o parte de ella y los consumos necesarios para crearla, transmitirla o almacenarla se pierden o desaprovechan.

Al dar el salto de lo cualitativo a lo cuantitativo, todos comprendemos intuitivamente que estos circuitos conviene diseñarlos bien y optimizarlos en lo posible, al menos en un marco económico de organización empresarial o social. Porque, *¿qué puede suceder en tales circuitos cuando aumenta grandemente el flujo de información?* Bastantes fenómenos pueden ocurrir, aunque aquí resaltaremos dos de ellos, notables por su efecto limitador.

El primero es que, al aumentar la información, aumenta el conocimiento, pero también crece el esfuerzo necesario, hasta que llega un momento en que éste debe fragmentarse por el principio de distribución del trabajo, especializarse, y repartirse en parcelas o islas de conocimiento. Aquí se llega a uno de los efectos clásicos del *rendimiento decreciente*. Las islas se expanden y hasta se hipertrofian. Automáticamente, se crean circuitos *independientes*, con la consecuencia de que buena parte del flujo de información se transmuta en ruido al atravesar los circuitos inadecuados. Ahora bien, precisamente uno de los valores supremos definitorios del conocimiento es su carácter integrador, por lo cual, para mantener dentro de un determinado marco organizativo el nivel ya alcanzado de utilidad del conocimiento se requiere consumo adicional de energía e información para tender una maraña de circuitos-puente compensadores. El sistema, cualquiera que éste sea, ha entrado en una zona de ineficiencia creciente.

Sin embargo, el efecto más negativo se manifiesta cuando un *estado de hiperinformación* consume toda la energía (o tiempo) disponible anulando la asignación de esfuerzo para creación o regeneración de conocimiento. En tal caso, los circuitos no sólo se llenan de *ruido*, sino que se trivializan, convirtiéndose en meros aparatos reproductores de información (o de ruido). Éste es el camino hacia la acción repetitiva y sin sentido creador, hacia la *pura multiplicación informativa*, fenómeno que se acentúa galopantemente hoy día a causa del enorme poder amplificador de la tecnología.

Ahora mismo, cuando estoy terminando de escribir este texto, tengo que tomar la decisión de enviarlo o no enviarlo a todos mis compañeros del departamento, profesores, ingenieros y becarios, puesto que estoy conectado a una red de correo electrónico. Todo lo que tendría que hacer son unos sencillos golpes de tecla, produciendo y distribuyendo instantáneamente 50 copias, es decir, creando abruptamente 50 circuitos de los que he definido anteriormente. Por lo que me dice el ordenador, este mensaje o fichero contiene alrededor de 12.000 caracteres, así que tengo el poder y la responsabilidad de enviar a la red, simplemente por las buenas, 600.000 caracteres de información. Si quiero ser coherente con los sentimientos que me inspiraron los versos de Eliot, antes de hacerlo he de pensármelo unos minutos.

Lo que sí he pensado y decidido es desarrollar estas ideas abstractas en forma de artículo largo, en donde podré ilustrarlas y analizarlas con toda clase de ejemplos y con algún gráfico, si me dejan. Por tanto, esta tribuna ha sido como un anticipo a cuenta.